



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12221

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 8 DE AGOSTO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini n.º 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

JUEGOS FLORALES

Discurso del Mantenedor Sr. Unamuno

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es lo primero rendir gracias á los que me habéis brindado con vuestra coyuntada, y tal como es ésta, de mostrar á público español la vena de mis pensamientos, poniéndolos así á prueba.

Grato aún más de estos festejos desde que sobre ellos ha caído algo de la desastrosa que suele aquí caer sobre todo aquello que ha perdido el hechizo de su novedad; reducidos á hábito nos atraen con fuerza á los que tiramos á hacer nuevo el sol de cada día y de la vida una creación continua.

Me habéis llamado á una ciudad á la que poco más que de nombre conocía hasta hace poco, con la que no me ataba hasta hoy; lazo especial alguno y es que no me habéis llamado á mí, sino á las tendencias — pues no me atrevo á darles el nombre de ideales — que me empujan y avivan á los anhelos de un español que entre vestidas, tumbos, arredros, esguinces y rofeos, busca, con otros, luz de nuevos senderos para su patria.

Tengo á la vez por seguro que esta vuestra llamada quiere decir, que estimáis lisa de romanceser estas fiestas con preocupaciones de algún peso, con las inquietudes que mueven ó pueden mover al alma nacional, que si así son justas literarias, no se contrae la literatura á sólo vaga amenidad, sino que ha de ser espejo del alma toda, retratando sus más entrañados desconsuelos. Por haberlo así entendido miseltos en vuestro cartel puntos de largo alcance social. Me imagino venir más que á distraerme en un juego, á celebrar un oficio de culto patriótico.

Es, además, faltar de balde al pueblo que concurre á estos certámenes el anporner que le enojen ó canten las pláticas graves, como se hace bien poco honor á la mujer en estimar que su presencia aquí pide mayor frivolidad y juegos de artificio, como si lo dicho para hombres no puedan oírlo, entenderlo y aquilatarlo ellas. ¡Triste condición la del fetiche! ¡Desgraciada postura la del ídolo fijo al altar y en él preso, al que se saluma con el barato incienso de fáciles galanterías, más para tenerle sometido á los caprichos del interesado y arbitrario adorador! Y con él se hace lo que en no pocos lugares con la imagen milagrosa á que se pide algo; si no se pliega á la rogativa ¡al pozo con ella! Quiero hablar, pues, para varones y mujeres, para hombres, dando á esta palabra el ancho sentido en que abarca á dios y otras.

Y ahora ¿qué os digo?

Al mandarme acudir á vuestro llamamiento, empujábame mi ánimo á escusar en este acto alguno de los cuidados de orden ideal enseñoreadores por ahora de mí mente, sin azorarme por eso que las gentes de mundo llaman oportunidad y que lo es nada más que pasajera. A lo que está de Dios quiero estar siempre, sin doblegarme á lo que pasa y no queda. A Cartagena me pregunté, y el sólo nombre de vuestra ciudad me sirvió ya de asidero. Para romperlo y redondearlo me moví á oír lo que de vuestra población nos cuentan las historias.

Porque ella atrae á la memoria al pueblo que según los más avisados revolovedora

de cosas viejas bautizó á nuestra patria. Pues dicen que Ispania, nombre con que los cartagineses dejaron á los romanos nuestra península, vale en la lengua fenicia tanto como Isla del Tesoro, siendo este tesoro los criaderos minerales del subuelo de la tierra española, de esta comarca muy especial, una de las primeras en que echaron pié aquellos navegantes que con el trueque de productos de la tierra y de la industria derramaban el comercio de ideas: la cultura. Esta ciudad evoca el recuerdo de las primeras invasiones históricas en España; colonia acaso griega, fenicia tal vez, fué primero; Cartagineses después asiento de aquellos marineros fenicias que pusieron el arte militar al servicio de los intereses mercaderes.

Aquí, en España, se desarrolló la lucha entre Cartago y Roma por el adueñamiento del mar Mediterráneo de una parte, de nuestras riquezas minerales de otra. España fué el principal tablado de aquel drama. Seguido de españoles, más fieles y más duros que los numidas, cruzó Anibal el Pirineo y los Alpes para ir á endeblescerse de ánimo en las blanduras de Capua. Rifiéron por este mar, golosina de pueblos domeñados sucesivamente por tantos de ellos.

Lo sabéis bien, pues han pisado nuestros umbrales fenicios, vándalos, romanos, bizantinos, moros, aragoneses y catalanes con Jaime, castellanos con Fernando el Santo, ingleses con Drake. Estas cosas presenciaron, el Sol que hace de las aguas, el choque de dos civilizaciones y al apoderarse Escipión de esta vuestra ciudad quedaron de hecho desterrados los cartagineses de España, subyugados nosotros al poderío romano y encarrilada desde entonces nuestra historia.

¡La historia! Poemas memorias más engañadoras que ella! Llevamos romachado en la retentiva un contorno geográfico de España; á algunos metros que el ras del mar bajase cambiaría ese contorno hasta llegar á hacérsenos irreconocible. Así nos ocurre con la fisonomía histórica de un pueblo. Si el nivel del olvido fuese bajando hasta dejar á descubierto terrenos hoy por él tapados, cambiaría la composición que de la historia europea nos forjamos. Es mucho más lo que vive y alienta bajo las crónicas, en la londonada de los hechos eternos, que cuanto ha quedado impreso en el tablero registrador de los sucesos temporales. Los franceses de hoy son los galos que describieron Tito Livio y César, los alemanes, los germanos de Tácito, nosotros somos los iberos con su desconcierto y su cantonalismo, de que está región dió no há mucho típica nuestra; los sucesivos acarrees de pueblos no han hecho más que dejar un ligero rastro de sobrehoz lovadiza. Genio y figura hasta la sepultura.

Fuimos rominizados á pesar de Indibil, Mandanio, Viriato y Numancia; lo más y lo mejor de que á cuestas llevamos debé moscelo á Roma, latina es antes que nada nuestra cultura, pero ni lo somos deudores á Roma de las entrañas de nuestro espíritu ni es de creer que hayamos aún convertido en carne y sangre propias esa cultura inana de que ostanos revestidos. Acaso para civilizarnos reprimié y comprimí Roma

muchos de nuestros más radicales instintos; la corriente histórica no corre siempre pareja con la soto histórica como no siempre sigue el río que á luz se tiende el rumbo mismo de las aguas soterráneas; hay fallas. Parece nuestra historia un sueño, un secular engaño, sin más que algún que otro momento de afirmación de honduras, pareceme un combate del alma española con su estrella. Es muy profundo símbolo el de aquel Segismundo que arraucó Calderón de los entrosijos de su alma española, tan profundo como D. Quijote, su hermano. Llevamos á cuestas la pesadumbre de una cultura ni adentrada ni apropiada aún.

Derecho, lengua y religión, las tres potencias del alma popular, son en nosotros romanas, pero escarbando pudiera ser sintiéiséis latir y aun resollar bajo ellas las almas más ó menos reprimidas de los decheos, las lenguas y las religiones nativas de nuestro pueblo.

Las mismas diferencias históricas que nos separan, herencia de las que separaban á las tribus ibéricas, cubren unidad de fondo, una raigambre común que por el tronco nacional viene á formar con sus varias ramas comunidad de copa que al mismo sol verdece su follaje; la unión que nos corona y colma arranca de mucho más abajo de lo que se creó, y en todo caso una convivencia secular, bajo educación latina, nos ha unido á todos, soldando aquel revoltijo de gentes.

El meritísimo investigador de nuestras costumbres de derecho, D. Joaquín Costa, se engolosinó y preparó su labor escudriñando nuestras antiguidades pre romanas. Las Partidas fueron obra de cultura, es verdad, pero obra de desespañolización á la par. Ellos, los romanos, nos trajeron la concepción jurídica que de la propiedad abrigan los pueblos acaparadores de tierra, los de los hilos y majones, tan distinta de la concepción de los pueblos de pastores peregrinos, como de la concepción de los mercaderes que peregrinan por el mar; acaso ellos barraron de nuestro país algo al modo de la redistribución del jubileo salábico, de que quedan aún rastros en nuestra patria.

Vengamos á la lengua.

Lengua latina es hoy el más apretado escudo de unidad nacional; en ella pueden y deben encarnar nuestros espíritus. Latino es también el catalán, hermano del castellano, latino y español. Verdaderamente ha sido un genio de urdimbre lútimamente española, en puro catalán, español, y en puro español, universal; Camoesa, que escribía como su lengua la castellana, pertenece á la raza común ibérica.

Mas el latinismo de la lengua española es lo corpóreo de ella y aún siendo de pura cepa latina, cierto comosón por distinguirse parece arrastrar á no pocos escritores, aún sin ellos percatarse, á anteponer el caudal allegadizo de los libros latinos, las voces que de estos sacaron para meterlas en nuestra lengua, cuando ya ésta estaba madura, los calonges á prestes sabidones de la fábula de Talis ó Marón, profiriéndolas á la vieja herencia popular, al fondo romanecado y entrañado, españolizado, en

siglos de empleo diario, al que desde los soldados romanos que nos dieron su lenguaje vino haciéndoseos propio al rodar de boca en boca y de oído en boca. Y así construyen un desabrido idioma escolástico, oratorio y libresco, que rehuya, por instinto, de toda expresión que chorree vida arrancada al tráfigo de los quehaceres de cada día. Contra un rebuseamiento hay como remedio otro; pues tal es la ley del vaivén. Bajo la lengua oficial, urbana y parlamentaria, la de la prensa y la escuela, verbenas en los campos otra, aún no se ha acalado de renajar y cuejar en masa viva los dialectos populares y campesinos del romance castellano. De latín el digerido, no el indigesto!

Mas es á la literatura á donde hay que ir á gustar al espíritu de nuestra habla, nuestro lenguaje interior. De muy antiguo nuestros juguecos vistieron de letra sus ideas, mas siempre guardando su manera privativa y propia. Séneca y Lucano; primero, Prudencio después desdichadamente con ello propio en la literatura latina; tienen ya el estilo, ora lynchado, ora sentencioso, el estilo profético que ha de señalar á nuestras letras; llevan semilla los vicios de éstas, vicios á la vez arranques de sus virtudes. En su expresión apasionada, intemperante, violenta y excesiva, pasando de la elipsis á la redundancia, quebrándose á ratos de sutil, oratoria y hasta declamatoria á cada paso, nada oraciona.

Nunca fuimos de corazón clásicos, románticos siempre, y hasta atropelladores de esa quisicosa que por ahí fuera denominan buen gusto y que es su gusto, el de ellos.

Tau trastocado anda el juicio que se llama castizo á clásicos nuestros que tuvieron de castizo poco, infundidos ya por latinos, ya por italianos, ya por franceses. A nombre de latinismo se nos predica claridad y parsimonia, armonía y medida, y esa claridad es la claridad francesa, que se logra cerrando los ojos al misterio, y esa armonía es la armonía italiana de vuelcos cadencias toundorasas. Se nos dice que debemos podar nuestra lengua literaria y poética como si se tratase de criar en huerta árboles frutales y no de dejar que crucen bravos en el soto árboles de follaje que den frescor de sombra y espesura en que cuelguen sus nidos los ruiseñores que enjaulados mueren.

El conceptismo que apunta en Séneca, el gongorismo que asema en Lucano y el realismo truceulento de Prudencio, hermano del realismo escabridorio de los Cristos decoyuntados y sanguinolentos y de las Delorasas con lágrimas, fueron y son rechazos naturales de un espíritu apretado por una estética arrimadiza y de pegadura. Las épocas de imitación han sido las más baldías de nuestra literatura, aquellas en que menos nos hemos asimilado lo ajeno. Imitación sólo dió algo de castizo y de genuino la de los arrebatados acentos del profetismo hebraico, soníficos, de la austera voz del dolerío. No la imitación, la comparación es la que rinde fruto.

Y ahora parad por un momento en la religión, que es la única filosofía de verna popular, donde mejor se revela el natural to-

do de un pueblo. Triste cosa es, en verdad, que se habie hoy aquí tanto y tan á tontas y á locas de eso que llaman casellón religiosa, y que no le es, sino político, socialística, tanto de parte de que facción como de parte de la contraria. Debejo de ella hay para muchas almas de españoles y puede y debe haberla para las más de ellas á poco que se les hurgue y zarandee los hondones, una verdadera cuestión religiosa: la inquietud de como hay de conulgar con su Dios y desocubrirlo.

Dios es uno, pero es apasoso bajo distintas apariçiones á cada pueblo y acaso al nuestro se lo tienen velado bajo especies cortinones. Se nos ha pegado ese marilago de Evangelio galileo, y de derecho romano en que aquí se nos ocurre y entarbia, ese funesto arraglo entre el sermón de la montaña y las doce tablas. Y así se abogan ó se contrahacen las ansias radicales del pueblo.

Bajo el fetichismo y la emperación popular de nuestros campos, como bajo el fetichismo y superación árabe en tiempos de Maloma, alienta un soplo religioso y de religión no estética: sino de visión y sentimientos ardientes y alisacados, de la tragedia de la vida, de la vida que es sueño, un soplo de sabiduría alomática, del Eclesiastés, y con ella un cierto culto á la muerte vivificadora, culto que despuntaba ya en estoicismo estoquiario. El sentimiento de la nadería de todo lo temporal ante el eterno dá á nuestro pueblo una entereza que le abroquea contra los combates de la vida. Con ocasión de nuestras recientes desastres se ha ponderado por ahí fuera, alientando el Pirineo y no sin cierto dolo irónico, la filosofía de nuestro pueblo. No comprenden bien la reposada sumisión al Destino, que es nuestra mayor fuerza de aguante. Esta resignación, que no es medorra á poco que el progreso nos aguijonee, puede pasar de ser una romora á ser un regutador del aceite. El modo de la localid del vanidad de vanidades, que tan á veces tomamos, nos ha de ayudar al mejor cultivo de esa misma vanidad imprescindible; á soñar bien la vida pasajera.

¡Lejos de nosotros tiempos pajes de desquite! ¡Sea volver la vista atrás al wongojarnos por lo irremediable: avanzados tuano á la maucera, tranquilos y arrojados para el Destino justiciero. No guardémosle rencor alguno al instrumento de que se valió recientemente la eterna justicia para aleccionarnos con castigo duro.

La más acalada versión del espíritu evangélico á la española (la tememos en aquellos juguecos pajes del más pretvativo de nuestros genios, de Calderón; en aquellos versos de la obra hermanada «Quijote» «La vida es sueño»).

¡Benedicid, almas osertros, otra vez, pero no de ser con atención y convejo de que honos de despartir deste gusto al mejor tiempo!

Dame los brazos ¡Qué dice! Que estoy soñando y que quiero obrar bien; pues no se perdió el hacer bien, ni en sueños.

(1) En atención á la importancia que revisten los Juegos Florales que se celebran esta noche y para que el relato de la fiesta llegue á conocimiento de nuestros lectores, retardamos la salida del presente número, hasta que termine dicha solemnidad. Sirva esta advertencia de explicación al hecho de que El Eco del día 8 se ocupe de sucesos que ocuparan la madrugada del siguiente día.